

# Equidad y crecimiento: una relación en disputa

*José Antonio Alonso*

Instituto Complutense de Estudios Internacionales (ICEI)

**Resumen.** El debate sobre la relación entre crecimiento y equidad tiene una larga tradición en el pensamiento económico. No obstante, los recientes desarrollos sobre el crecimiento endógeno arrojan nueva luz sobre el problema. No sólo porque cuestionan la necesaria transacción entre ambos objetivos, sino también porque insinúan un cambio en el sentido de causalidad entre las variables. Es posible que el crecimiento no comporte obligadamente más desigualdad e, incluso, puede ser la igualdad un factor promotor de mayor crecimiento. El autor hace un recorrido por las distintas aportaciones teóricas y empíricas al problema, tratando de extraer conclusiones de política económica al respecto.

**Palabras clave.** Crecimiento, equidad, desarrollo, distribución y pobreza.

**Clasificación JEL.** 011, 015.

**Abstract.** The debate about the relation between growth and equity has a long tradition in the economic thought. Nevertheless, recent developments on the endogenous growth throw new light on the problem. Not only because they question the necessary transaction between both aims, but also because they suggest a change in the sense of causality between these variables. It may be possible that growth does not necessary imply greater inequality and, furthermore, equality may promote a greater growth. The author reviews the different theoretical and empirical contributions to this issue, trying to draw conclusions of politics in the matter.

**Key words.** Growth, equality, development, distribution and poverty.

**JEL classification.** 011, 015.

## 1. Introducción

A lo largo de los últimos años parece haber surgido un renovado interés por estudiar las relaciones que vinculan la dinámica de crecimiento económico con la evolución de los patrones distributivos. Entre los factores que contribuyen a semejante interés figuran tanto la creciente relevancia del problema social al que se alude –la desigualdad y la pobreza a escala internacional– como los cambios que, sobre este tema, se han registrado en la doctrina económica.

Por lo que se refiere al primero de los aspectos, parece claro que ni la política de ajuste y reforma de los años ochenta, ni el crecimiento selectivo de los años noventa han logrado corregir de forma perceptible los niveles de pobreza existentes a escala mundial. Antes bien,

los datos internacionales revelan una preocupante resistencia a la baja en el número de personas que viven por debajo de la línea de pobreza, al tiempo que se mantienen los niveles de desigualdad en la distribución del ingreso a nivel mundial. Se trata, por tanto, de un problema de extraordinaria relevancia que se resiste a desaparecer.

Al tiempo, el interés por el tema se acrecienta si se tiene en cuenta el cambio que se ha producido, en los últimos tiempos, en la forma de entender la relación entre equidad y crecimiento: una relación que ya no puede ser presentada bajo la forma de una opción dilemática, la «difícil disyuntiva» como la denomina Solimano (2000). El estudio de la experiencia internacional revela que existen grados de discrecionalidad en la definición de los modelos de crecimiento de cada país que pueden llevar aparejados pautas distributivas dispares, sin que la mayor eficiencia deba estar asociada, de forma obligada, con costes en términos de equidad social. El estudio comparado de la evolución de América Latina y del sudeste asiático (Birsdall, Ross y Sabot, 1995) refrenda este juicio, haciendo ver que dosis mayores de equidad pueden aparecer asociadas a mayores ritmos de crecimiento económico (sudeste asiático); y, a la inversa, que la inequidad puede estar vinculada a experiencias nacionales menos exitosas (América Latina).

Por lo demás, los nuevos enfoques en la teoría del crecimiento no sólo permiten cuestionar el carácter conflictivo de los objetivos anteriormente señalados, sino también aportan algunos argumentos para justificar un posible efecto positivo de la equidad sobre la dinámica económica (Birsdall, Pinckney y Sabot, 2000). De este modo se invierte la relación de causalidad: no tanto desde el crecimiento a la equidad como de la equidad al crecimiento. Semejantes desarrollos teóricos se enfrentan, sin embargo, a la limitada disponibilidad –y baja calidad– de los datos referidos a la evolución de la distribución del ingreso (o del consumo) y de los activos a lo largo del tiempo, lo que debilita el contraste empírico de las hipótesis manejadas.

El presente trabajo trata de revisar el estado de la cuestión acerca de la relación entre crecimiento, desigualdad social y pobreza, acudiendo tanto a la literatura teórica como a los trabajos empíricos más recientes. Como se verá, se trata de una relación compleja que admite una pluralidad de vínculos entre las variables consideradas, con opciones diversas acerca del sentido de causalidad entre ellas. La abundante literatura especializada, si bien da cuenta de la riqueza de enfoques posibles, dificulta la realización de una presentación comprensiva y ordenada<sup>1</sup>. Para facilitar semejante empeño, se tratará de articular la exposición en torno a cuatro grandes epígrafes, adicionales a la presente introducción. Y, así, tras un epígrafe dedicado a ciertos aspectos conceptuales y estadísticos que condicionan el debate, se dedicará el epígrafe tercero a analizar la relación que va desde el crecimiento a la equidad; en el epígrafe cuarto se analiza la relación inversa, de la equidad al crecimiento; y, finalmente, se reserva un último epígrafe para las implicaciones que el debate tiene para la política económica y social.

<sup>1</sup> Entre las revisiones más recientes sobre el tema, caben destacar las de Ferreira (1999), Barnajee y Dulfo (2000), Bénabou (1996), Kanbur (1998), Aghion *et al.*, (1999), Fields (2001) o Bourguignon (2004).

## 2. Aspectos conceptuales y empíricos

### 2.1. Desigualdad y pobreza

Desigualdad y pobreza constituyen dos conceptos próximos, pero diferentes. La *desigualdad* se refiere al modo en cómo se distribuye una variable (generalmente, el ingreso o el gasto) en el seno de una población: cuanta más concentrada esté la distribución, mayor es el nivel de desigualdad vigente. En correspondencia, los indicadores que tratan de medir los niveles de igualdad se construyen a partir de estadísticos que expresan la dispersión de la variable (como la desviación típica del logaritmo de la renta), el grado de entropía (el coeficiente de Theil) o la distancia respecto a la equidistribución (el índice de Gini).

Por su parte, la *pobreza* se refiere a un estado de especial vulnerabilidad que afecta a un determinado segmento de la población, y que se manifiesta en carencias muy diversas, relacionadas con los ingresos de que dispone, el acceso a servicios básicos, los grados de autonomía de las personas, de respeto a su dignidad y autoestima y de su capacidad para participar en los procesos de decisión colectiva. Las medidas de pobreza se basan en la partición de la población en dos grupos diferenciados, según pertenezcan o no a la categoría de los afectados por la pobreza. El problema reside en cómo determinar la frontera –la línea de pobreza– que delimita esos dos colectivos. En el caso de la *pobreza absoluta*, el umbral se suele definir en función del gasto requerido para afrontar, en términos internacionalmente comparables, las necesidades de supervivencia (referidas, básicamente, a las necesidades nutricionales). El Banco Mundial estableció este gasto en un cómputo equivalente a un dólar diario, en términos de paridad del poder adquisitivo a precios de 1985.

Definir la pobreza absoluta de este modo presenta tres inconvenientes: en primer lugar, remite la pobreza a una única de sus dimensiones, la que hace referencia a la capacidad de ingreso (o gasto) de los hogares; en segundo lugar, informa acerca del número de las personas afectadas, pero no de la intensidad de las carencias que padecen (profundidad de la pobreza); y, en fin, ignora la situación en la que se encuentran aquellas personas que escapan de los niveles de pobreza. De forma más precisa, lo que sucede en los estratos superiores (la concentración de la riqueza) es irrelevante en la medición de la pobreza, aun cuando pueda afectar a la estructura distributiva y, por tanto, a los niveles de equidad agregados.

Frente a esta visión, es posible definir un concepto relativo de pobreza –*pobreza relativa*–, en donde los ingresos u otras variables expresivas del bienestar se pongan en relación no con un estándar absoluto, sino con los niveles promedio de la población de referencia. La línea de pobreza se define en este caso como proporción (la mitad o un tercio, por ejemplo) del ingreso (o del gasto) medio. La vinculación entre esta acepción de pobreza y el de desigualdad es mucho más estrecha, ya que ambos remiten a características agregadas de la distribución; si bien, en el primer caso, la atención se centra en el comportamiento del tramo inferior de la distribución.

Aun cuando este concepto de pobreza relativa parece más adecuado desde el punto de vista doctrinal, presenta la dificultad de su traducción a términos homogéneos para las comparaciones internacionales. Al abandonar el supuesto de un mínimo universal

de referencia –la cobertura de las necesidades físicas– se diluye el elemento de medición común, incorporando una mayor ambigüedad en la caracterización de la pobreza en entornos sociales diversos. De hecho, existirán pobres relativos con muy distinta capacidad adquisitiva, según sea el promedio de referencia: los pobres de un país en desarrollo tendrán una más baja capacidad adquisitiva que los pobres de un país rico. La pobreza relativa expresa, por tanto, un concepto dinámico, cambiante en el tiempo y entre países, que difícilmente puede distinguirse del concepto de desigualdad (Ravallion, 2003 y 2004).

## 2.2. Crecimiento, equidad y pobreza

Los conceptos antes definidos de desigualdad y pobreza mantienen entre sí relaciones no necesariamente simétricas. Es posible concebir una sociedad con altos niveles de desigualdad pero escaso número de pobres absolutos (el caso de un país rico e inequitativo) o una sociedad de bajo nivel de desigualdad con niveles de pobreza absoluta elevados (país pobre con limitada desigualdad). De igual modo, podrían encontrarse países con elevada pobreza relativa pero baja pobreza absoluta (país rico y desigual), y viceversa. Más difícil es encontrar discrepancias entre desigualdad y pobreza relativa, ya que ambas aparecen igualmente condicionadas por las características de la distribución.

De las definiciones adelantadas se desprende una conclusión relevante para el tema aquí tratado: tanto la desigualdad como la pobreza relativa dependen de los cambios que se produzcan en el patrón distributivo, pero la pobreza absoluta se encuentra adicionalmente condicionada por la dinámica de crecimiento del país en cuestión. Dicho de otro modo, si la distribución del país permaneciese inalterada, un crecimiento del ingreso agregado –*crecimiento neutral* desde el punto de vista distributivo– generaría una disminución de la pobreza absoluta, pero no afectaría ni a la distribución ni a la pobreza relativa.

Acorde con lo señalado, se supone que el índice de pobreza absoluta responde a los siguientes comportamientos dinámicos (**Cuadro 1**): a) su derivada parcial respecto a la evolución del ingreso medio es negativa, implicando que un incremento de la renta, con todo lo demás igual, reduce la pobreza; b) su derivada parcial respecto a la desigualdad podría ser cero o positiva, implicando que un crecimiento de la desigualdad, con todo lo demás igual, o bien no altera o bien incrementa el número de pobres. En este último caso, la primera de las opciones se producirá cuando el incremento de la desigualdad afecte a los sectores que se encuentran por encima de la línea de pobreza. Por su parte, la pobreza relativa responde a los siguientes comportamientos: a) su derivada parcial respecto a la evolución del ingreso agregado podría ser cero, con todo lo demás igual; y b) su derivada con respecto a la desigualdad es cero o positiva. Será cero en el caso de que el incremento de la desigualdad se produzca por cambios en los estratos superiores de renta.

De lo dicho se desprende que la evolución de la pobreza dependerá del crecimiento de la renta promedio y de las pautas distributivas existentes, lo que se puede expresar analíticamente. Para ello, supóngase que se representa la distribución de la renta a tra-

vés de una función  $F_i(Y)$  que expresa la proporción de individuos que tienen una renta inferior a  $Y$ . El índice de pobreza absoluta vendría definido por la proporción de personas que no alcanzan un nivel de ingreso  $z$ , que expresa la línea de pobreza:

$$H_t = F_t(z)$$

El cambio en el indicador de pobreza vendrá dado por:

$$\Delta H = H_1 - H_0 = F_1(z) - F_0(z)$$

Si se normaliza la distribución respecto a la media  $\tilde{F}(X)$ , entonces todo cambio en los niveles de pobreza podría ser descompuesto en dos componentes complementarios (Datt y Ravallion, 1992, Kakwani, 1993 y Bourguignon, 2002):

- a) Un cambio en todas las medias, dejando inalterada la distribución  $\tilde{F}(X)$ .
- b) Un cambio en la distribución, manteniendo la media inalterada.

Es decir,

$$\Delta H = H_1 - H_0 = \left[ \tilde{F}_0\left(\frac{z}{\bar{y}_1}\right) - \tilde{F}_0\left(\frac{z}{\bar{y}_0}\right) \right] + \left[ \tilde{F}_1\left(\frac{z}{\bar{y}_1}\right) - \tilde{F}_0\left(\frac{z}{\bar{y}_1}\right) \right] \quad (1)$$

El primer paréntesis expresa el efecto del crecimiento, manteniendo la distribución invariante, y la segunda remite al efecto distributivo sin alterar la renta. En el caso de considerar distribuciones lognormales, que son las más habituales para representar la distribución de la renta, quedaría:

$$\tilde{F}_t(X) = \pi \left[ \frac{\text{Log}(X)}{\sigma} + \frac{1}{2} \sigma \right]$$

siendo  $\sigma$  la desviación típica del logaritmo de la renta. De este modo, si se traslada esta expresión a (1) y se deriva respecto al tiempo, queda:

$$\frac{\Delta H}{H} = \lambda \left[ \frac{\text{Log}(z/\bar{y})}{\sigma} + \frac{1}{2} \sigma \right] \left[ - \frac{\Delta \text{Log}(\bar{y})}{\sigma} + \left( \frac{1}{2} - \frac{\text{Log}(z/\bar{y})}{\sigma^2} \right) \Delta \sigma \right] \quad (2)$$

**Cuadro 1.** Cambios en la desigualdad y la pobreza de acuerdo con el estilo de crecimiento

	Desigualdad	Pobreza Relativa	Pobreza Absoluta
<i>Crecimiento</i>			
Neutral	0	0	-
Equitativo	-	0/-	0/-
Inequitativo	+	0/+	Probablemente -
<i>Decrecimiento</i>			
Neutral	0	0	+
Equitativo	-	0/-	0/+
Inequitativo	+	0/+	Probablemente +

donde  $\lambda$  representa la tasa de azar asociada a la función de densidad. En este caso, como se ve, la evolución de la tasa de pobreza depende de la tasa de crecimiento de la renta y de la evolución de la desigualdad. A su vez, la elasticidad de la reducción de la pobreza respecto al crecimiento vendrá dada por:

$$\varepsilon = -\frac{\Delta H}{\Delta \text{Log}(\bar{y})H} = \frac{1}{\sigma} \lambda \left[ \frac{\text{Log}(z/\bar{y})}{\sigma} + \frac{1}{2} \sigma \right]$$

Es decir, la elasticidad es una función creciente del nivel de desarrollo (medida por la inversa del ratio  $[z/\bar{y}]$ ); y decreciente del nivel de desigualdad (medido a través de la desviación típica del logaritmo de la renta,  $\sigma$ ). El efecto del crecimiento sobre la pobreza será, por consiguiente, tanto mayor cuanto más elevado sea el nivel de renta y menor sea la desigualdad del país en cuestión. Dado el interés de ambas dimensiones interesa conocer si el nivel de renta lleva aparejada necesariamente determinadas pautas en el ámbito distributivo.

### 3. Del crecimiento a la equidad

En la literatura económica es posible encontrar tres puntos de vista relativamente contrastados acerca de la relación que se establece entre crecimiento y equidad: en primer lugar, quienes consideran que la dinámica de crecimiento no altera las pautas distributivas, cualesquiera que éstas sean, de modo que el crecimiento acabará por distribuir sus frutos sobre el conjunto de la sociedad: *tesis de la independencia*; en segundo lugar, quienes advierten acerca del carácter conflictivo de los dos objetivos enunciados, al menos durante una cierta etapa del proceso de desarrollo, lo que reclama un ejercicio de opción obligada –un necesario *trade-off*– entre ellos: *tesis de la incompatibilidad*; y, finalmente, quienes cuestionan tanto el proceso de derrame –*trickle down*– atribuido al mercado como la necesaria transacción –*trade-off*– entre objetivos, y plantean la existencia de complementariedades entre equidad social y crecimiento económico, suponiendo que los logros en el primero de los propósitos puede reforzar las posibilidades del segundo.

#### 3.1. La tesis de la independencia

La posición dominante en el pensamiento económico ha tendido a suponer una cierta independencia de la distribución respecto al crecimiento. La argumentación de semejante supuesto descansa en el marco originario de la teoría del crecimiento (Harrod o Solow). Si se considera que la producción agregada es proporcional a un determinado activo –por ejemplo, el capital–, la tasa de productividad de los factores es constante en el tiempo y los mercados de capital son perfectos, la tasa de crecimiento dependerá del rendimiento del capital y de las preferencias intertemporales de los agentes: cuanto mayor sea la tasa de rendimiento del capital y menor la impaciencia de los agentes, mayor será la tasa de crecimiento esperada de la economía en su conjunto. No obstante, las preferencias de los agentes se consideran adecuadamente modelizadas a través de la conducta de un *agente representativo*, aproximando el comportamiento de la sociedad al de un único decisor racional. En ese caso, ni el crecimiento afecta a la distribución de la renta, ni la distribución inicial condiciona las posibilidades de crecimiento.

Estas conclusiones no se alteran si, como hace Solow, se convierte en endógena la relación capital/trabajo, admitiendo la sustituibilidad de factores. En ese caso, el crecimiento dependerá de la progresión exógena de la fuerza de trabajo y de la productividad agregada. Las participaciones de los factores en la renta –distribución del ingreso– se determinarán por la relación capital/producto y por las productividades marginales de cada uno de ellos. Dado que ambos coeficientes se consideran constantes en el estado estacionario, el crecimiento tenderá a mantener invariable la distribución de la renta.

Una conclusión adicional que se deriva de esta visión es que cualquier redistribución que se promueva en la riqueza inicial no afecta a la senda de crecimiento de la economía en su conjunto (una conclusión emparentada con lo que prescribe el segundo teorema de la economía del bienestar). No se puede decir lo mismo, sin embargo, en el caso de que la redistribución afecte a la renta, ya que en ese supuesto se altera la retribución de los factores, afectando al ritmo de crecimiento agregado.

Aun cuando se trata de un modelo teórico plagado de simplificaciones, el enfoque descrito aporta el fundamento a muchas de las argumentaciones contrarias a las acciones redistributivas, al tiempo que refuerza la confianza en la eficacia del proceso de derrame –*trickle down*– del crecimiento sobre el conjunto de la sociedad. La prescripción que se deriva de este razonamiento es la conveniencia de conseguir el máximo crecimiento posible, sabiendo que ello repercutirá posteriormente sobre toda la población, aminorando la pobreza. Las conclusiones enunciadas se verían, sin embargo, considerablemente alteradas si se cambiasen los restrictivos supuestos en los que se fundamentan. Tal sucede, por ejemplo, en el caso de que se suponga que la distribución es endógena al proceso de crecimiento, en virtud de los cambios estructurales que éste comporta. Tal es el planteamiento básico en el que des-cansa la argumentación de Kuznets.

### 3.2. La hipótesis de Kuznets

La suposición de que el crecimiento tiene un efecto beneficioso sobre el conjunto de la distribución se vio contradicha por la llamada hipótesis de Kuznets (1955), que sugería la existencia de un inevitable conflicto entre crecimiento y equidad en los países de bajo nivel de desarrollo: para crecer era necesario aceptar una cierta redistribución inversa de la renta. La hipótesis, inicialmente planteada por Kuznets en su discurso presidencial a la *American Economic Association* y desarrollada posteriormente (Kuznets, 1966), encontraba su respaldo en el estudio detenido de la evolución seguida por nueve países industriales, preferentemente a lo largo del siglo XX.

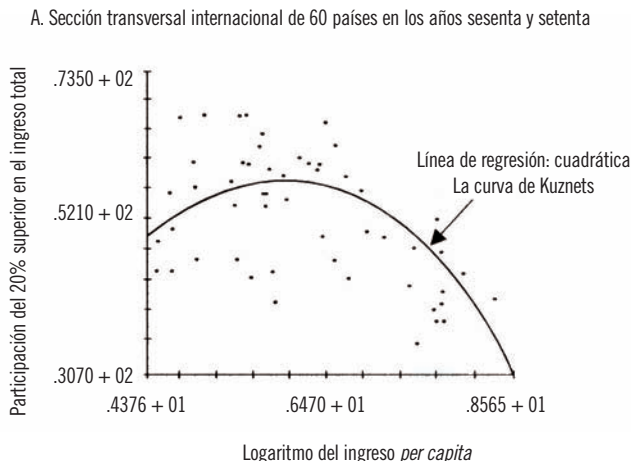
En esencia, la relación enunciada por Kuznets supone atribuir cambios en la distribución asociados a los procesos de crecimiento: una suerte de regularidad empírica –o de hecho estilizado– que se manifiesta en el crecimiento de la desigualdad en las primeras etapas de desarrollo y en su posterior disminución, describiendo una curva en forma de U invertida. Dada la limitada calidad de la base empírica disponible, Kuznets fue suficientemente prudente como para reconocer el carácter tentativo y *ad hoc* de su explicación. Como el mismo autor sugiere, se trata de «conjeturas que, si bien compatibles con los datos existentes, sólo tienen hasta ahora una base empírica imprecisa» (Kuznets, 1966; pág. 219).

El **Gráfico 1** da cuenta de la relación descrita al poner en relación el logaritmo del ingreso *per capita* (expresiva del nivel de desarrollo de los países) con la participación del quintil más rico de la población (expresiva de la desigualdad).

Aunque de modo no formalizado, Kuznets alude como principal factor explicativo de la relación sugerida a los cambios que el crecimiento promueve tanto en el peso relativo de los sectores productivos, con predominio inicial de la industria en detrimento del sector agrario, como en los modos de asentamiento de la población, al desplazarse ésta de los ámbitos rurales a los urbanos. Siempre que se admita que la desigualdad entre los sectores (y entornos de asentamiento) es mayor a la existente en el seno de cada sector, el desplazamiento de la población del campo a la ciudad y del sector agrario al industrial generará un inicial incremento del nivel de desigualdad agregado. De acuerdo con Kuznets, este proceso se agota cuando las economías llegan a su madurez, que es cuando se extingue el proceso de transferencia de recursos humanos desde el campo a la ciudad, se aproximan las condiciones productivas y retributivas de uno y otro sector y se elevan los niveles de renta del conjunto de los trabajadores, conduciendo a una mayor equidad<sup>2</sup>.

Tal como argumenta Kanbur (1998), esta intuición puede encontrar un marco explicativo más amplio en la propuesta de Lewis (1954), de desarrollo en una economía dual, con desplazamiento de la mano de obra desde el sector tradicional al sector moderno. Y, de hecho, el propio Lewis (1983) advierte, tres décadas después, que: «El desarrollo debe ser desigualitario porque no comienza en todas las partes de una economía al mismo tiempo.» Al final del proceso, en el largo plazo, la equidad se puede restaurar, pero en el corto plazo hay una etapa de obligado incremento en los niveles de desigualdad.

**Gráfico 1.** La curva de Kuznets.



Fuente: Ahluwalia (1976).

<sup>2</sup> De hecho, la posición argumentada de Kuznets se refiere a la primera parte de su curva en forma de U: el incremento de la desigualdad a medida que se avanza en el proceso de desarrollo. El segundo tramo de la curva lo presenta como una posibilidad, que en parte depende de las políticas distributivas que se apliquen.



Diversos estudios trataron de fundamentar en el terreno teórico y de contrastar empíricamente la hipótesis sugerida por Kuznets. En el primero de los ámbitos señalados sobresalen los ensayos de Fields (1980) y de Anand y Kanbur (1993 a), que trataron de encontrar una relación entre crecimiento y desigualdad, a partir de los cambios en la composición sectorial de la producción, muy en línea con la argumentación de Kuznets. En el caso de Anand y Kanbur (1993 a) se demuestra que la secuencia sugerida por la curva de Kuznets sólo se produce bajo determinadas condiciones, dependiendo de la medida de desigualdad que se adopte y de los supuestos que se establezcan acerca de los niveles medios y de dispersión de la renta existentes entre los sectores.

Un ejercicio similar fue realizado por Stiglitz (1967) a partir de la modelización neoclásica del crecimiento, introduciendo agentes con comportamientos heterogéneos, si bien bajo supuestos notablemente restrictivos. Más recientemente, Bourguignon y Verdier (2000) sugieren un modelo de crecimiento con instituciones políticas endógenas, en el que la participación depende de los niveles de educación de los agentes. En la medida en que el acceso a dichos niveles de educación comporta asumir unos costes fijos, se disuade a los sectores más pobres, dando lugar a un comportamiento de la distribución en forma de U invertida, tal como sugiere Kuznets. Por su parte, Banerjee y Newman (1998) fundamentaron semejante comportamiento en un modelo de equilibrio general con asimetrías en la información entre un sector moderno y un sector tradicional, donde los agentes aprenden a partir de sus habilidades, tras decidir su localización. Y, en fin, Greenwood y Jovanovic (1990) vincularon la curva de Kuznets con la secuencia de desarrollo y accesibilidad de los sistemas financieros, con una primera etapa en la que tales sistemas apenas existen, una segunda en el que la accesibilidad está limitada a los sectores con disponibilidad de activos (acentuando la desigualdad) y una tercera de creciente difusión de los servicios financieros (con restauración de los niveles de equidad).

Ahora bien, si importante ha sido el trabajo teórico, más abundante resulta la colección de trabajos empíricos destinados a comprobar la vigencia de la curva de Kuznets. En la mayor parte de estos estudios se recurre a una forma funcional reducida de la relación entre desigualdad y PIB *per capita*, a partir de datos de corte transversal (*cross-country*). Esta tradición de estudios encuentra su punto de partida en los datos elaborados por Jain (1975) y en la metodología aplicada por Ahluwalia (1976 a y b), incorporando en la explicación de la desigualdad el PIB *per capita* y el PIB *per capita* al cuadrado.

Asentados en esa tradición, toda una colección de estudios trataron de investigar la relación entre crecimiento y equidad. Entre ellos cabe destacar los debidos a Robinson (1976), Fields (1980), Saith (1983), Bigsten (1984), Tsaklogou (1988), Lindert y Williamson (1985), Ram (1988), Adelman y Robinson (1988), Bourguignon y Morrison (1990), Jha (1995 y 1996), Clarke (1995), Anand y Kanbur (1993 a y b) o Bourguignon (1994). Y con bases de datos distintas a las de Jain (1975), cabe mencionar los trabajos de Fields y Jakobson (1994) o Ravallion (1995). También se realizaron estudios de corte temporal, si bien la falta de disponibilidad de datos condicionó este tipo de ensayos: entre ellos quizá quepa destacar los de Fei, Ranis y Kuo (1979), Fields (1980 y 1991), Williamson y Lindert (1980) o Papanek y Kyn (1986). Aun cuando buena parte de estos estudios –especialmente, los de carácter

transversal— tienden a confirmar la relación prevista por Kuznets, no faltan entre ellos los que o bien la niegan o bien señalan su insuficiente fundamentación empírica. Como apuntan Anand y Kanbur (1993 b), se trata de estudios altamente sensibles a los datos disponibles y a las especificaciones econométricas adoptadas. De hecho, estos autores, tras una previa depuración, llegan a concluir que los datos son compatibles con diversas especificaciones funcionales, incluida la relación inversa a la prevista por Kuznets.

Más recientemente, la relación entre crecimiento y equidad volvió a ocupar el centro de los debates sobre el desarrollo, debido al impulso dado por el Banco Mundial a raíz de su *Informe sobre el desarrollo mundial*, de 1990, dedicado específicamente al análisis de la pobreza. En este caso, además, se propició la creación de una base de datos más amplia y homogénea, con mayor recorrido temporal y más amplia cobertura (Deininger y Squire, 1996 a y b)<sup>3</sup>. Esta nueva base de datos animó nuevos trabajos empíricos sobre la materia. En concreto, Deininger y Squire (1998) realizan un ambicioso y comprehensivo intento de contrastación empírica de la hipótesis de Kuznets, sin que encuentren evidencia de la relación supuesta. Como señalan los autores (Deininger y Squire, 1998; pág. 273), «nuestros datos otorgan limitado apoyo a una relación en forma de U invertida entre niveles de renta y desigualdad, cuando se comprueba sobre datos correspondientes a cada país, con pleno rechazo a la existencia de la curva de Kuznets en cerca del 90% de los países investigados». Estos resultados coinciden también con los adelantados por Fields (1995)<sup>4</sup>, Ravallion y Chen (1997) o Barro (1999), que no encuentran relación sistemática alguna entre crecimiento y desigualdad.

Deininger y Squire (1996 b) estudian también la relación existente entre la dinámica de crecimiento y la evolución de la desigualdad. En este caso, lo que se analiza es la relación que la desigualdad tiene no tanto con el nivel de desarrollo del país cuanto con la dinámica de crecimiento que éste sigue. Tampoco en este caso se observa relación alguna, lo que hace concluir a los autores (Deininger y Squire, 1996 b; pág. 587) que «parece haber limitada relación sistemática entre crecimiento y cambios en la desigualdad agregada». En un estudio relacionado, correspondiente a Li, Squire y Zou (1998), se demuestra, además, que la distribución del ingreso es relativamente estable en el tiempo, cualquiera que sea la evolución del PIB. Lo que viene a confirmar, por otra vía, las conclusiones anteriores, negando la vigencia de una senda obligada de evolución de la desigualdad.

El signo de estos resultados —y su contraste con los primeros estudios sobre la materia— lo justifican Bruno, Ravallion y Squire (1997) por el hecho de disponer, por primera vez, de series continuadas en el tiempo, requisito obligado para estudiar un fenómeno que es de na-

<sup>3</sup> En concreto, la base de datos elaborada por Deininger y Squire (1996) contiene 682 observaciones de alta calidad para 108 países. Se puede encontrar en [www.worldbank.org/growth/dddeisqu.htm](http://www.worldbank.org/growth/dddeisqu.htm)

<sup>4</sup> En concreto, las conclusiones del repaso que Fields (1995) hace de la literatura apunta a: i) la existencia de niveles superiores de desigualdad en los países de renta media, lo que parecería acorde por las predicciones de Kuznets: no obstante, tal resultado se encuentra altamente condicionado por los niveles de desigualdad de los países latinoamericanos; ii) aunque la U invertida se ajusta aceptablemente a los datos transversales, el crecimiento apenas explica la evolución de la desigualdad; y no se aprecia diferencia alguna en la evolución de la desigualdad entre países, de acuerdo con su nivel de renta; y iii) la ausencia de una relación clara en forma de U cuando se consideran los datos temporales de los países.

turalidad básicamente intertemporal. El problema central para estos autores estaba en pretender captar una relación de carácter temporal a través de datos de corte transversal, que eran los únicos disponibles. De hecho, cuando los estudios se refieren a la evolución temporal de la desigualdad a lo largo del proceso de crecimiento, no parece apreciarse relación regular alguna entre las dos variables consideradas.

Las conclusiones antes aludidas se encuentran argumentadas en el trabajo ya citado de Bruno, Ravallion y Squire (1997): el análisis de una muestra compuesta por 45 países –desarrollados y en desarrollo–, con datos referidos a la desigualdad en la distribución de la renta, a lo largo del período de 1947 a 1993, les permite concluir la ausencia de relación definida alguna entre crecimiento y desigualdad (**Cuadro 2**). De hecho, los datos sugieren que es mayor la variación en los niveles de desigualdad entre países en un momento dado del tiempo, que la existente a lo largo del tiempo en un determinado país<sup>5</sup>.

Las conclusiones de estos estudios pasaron a formar parte de la doctrina básica adoptada por el Banco Mundial, que insiste en el carácter neutral del crecimiento en términos distributivos (Ravallion, 1995). Goudi y Ladd (1999) sintetizan bien el estado de opinión dominante sobre estos temas: a) no existe un efecto inequívoco y sistemático del crecimiento sobre la desigualdad, más bien los datos apuntan a que la distribución permanece notablemente estable a lo largo del proceso de crecimiento; b) por lo cual, hay razones para recomendar como objetivo de política económica la consecución del más rápido crecimiento posible. Mientras que la primera tesis es ampliamente compartida, la segunda está más abierta a posibles matices, como más adelante se verá.

### 3.3. Crecimiento y pobreza

Hasta el momento se ha analizado la relación entre crecimiento y desigualdad; no obstante, el protagonismo que la reducción de la pobreza ha adquirido en los compromisos internacionales ha hecho que, en estos últimos años, se haya tratado de estudiar el efecto que el crecimiento tiene sobre esta última variable.

El impacto positivo que el crecimiento tiene en términos de reducción de la *pobreza absoluta* constituye un resultado esperable. Y así lo confirmaron los estudios, tanto los que intentaron una estimación directa de la relación (Bell y Rich, 1994, o Ravallion y Chen, 1997) como los que trataron de descomponer el efecto en sus dos componentes, crecimiento y cambio en la distribución (Datt y Ravallion, 1993, Kakwani, 1993, o Bourguignon, 2002). Las conclusiones son relativamente claras, como señala Ravallion (2003), «la incidencia (y profundidad) de la pobreza absoluta en los países en desarrollo tiende a caer con el crecimiento». En todo caso, es significativo señalar que el valor de la elasticidad depende del nivel de desarrollo y de la desigualdad del que se parta: a igual crecimiento, la reducción de la pobreza será tanto mayor cuanto menor sea el nivel de desigualdad y mayor el grado de desarrollo del país en cuestión (Bourguignon, 2002).

<sup>5</sup> Cerca del 87 por 100 de la varianza en el índice de Gini de la totalidad de las observaciones de la muestra es debido a diferencias entre los países.

**Cuadro 2. Índices de Gini, 1960-1990 (promedio de décadas)<sup>a</sup>**

PAÍS	Observaciones	1960	1970	1980	1990	Tendencia <sup>b</sup>
CHECOSLOVAQUIA	10	22,6	20,9	21,1	.	-
HUNGRÍA	7	24,4	22,2	22,8	.	0
BULGARIA	25	22,1	21,9	23,0	27,3	0
POLONIA	7	.	.	25,2	.	0
ESPAÑA	6	.	.	25,7	.	0
U. SOVIÉTICA	4	.	.	26,0	.	+
REINO UNIDO	31	25,0	24,3	27,3	32,4	+
PAÍSES BAJOS	9	.	28,1	28,6	.	+
TAIWÁN	26	31,2	29,3	29,0	30,5	0
FINLANDIA	6	.	30,7	31,0	.	0
NORUEGA	7	36,8	35,3	31,0	.	-
INDIA	29	31,5	30,9	31,4	31,1	-
CANADÁ	23	31,6	31,6	31,5	27,6	0
CHINA	12	.	.	31,5	36,2	+
INDONESIA	7	.	36,6	33,4	33,1	0
PAKISTÁN	6	.	35,5	33,4	.	0
ITALIA	15	.	37,4	33,4	32,2	-
SUECIA	14	.	33,1	33,7	32,3	0
N. ZELANDA	11	.	31,4	34,1	.	+
JAPÓN	22	35,6	34,1	34,4	35,0	0
COREA	10	31,5	36,1	35,6	.	0
ALEMANIA	6	.	36,0	35,8	45,4	+
AUSTRALIA	10	32,0	36,7	36,2	32,5	0
PORTUGAL	4	.	40,6	36,8	36,2	0
E. UNIDOS	45	34,6	34,5	36,9	37,9	+
BANGLADESH	9	33,5	34,8	37,3	.	0
FRANCIA	7	48,0	41,6	37,8	.	-
TAILANDIA	8	42,0	41,7	37,8	.	+
COSTA MARFIL	5	.	.	39,1	41,4	0
BÉLGICA	8	36,4	42,0	39,6	35,8	0
FILIPINAS	6	42,9	45,3	40,0	.	0
SINGAPUR	6	.	39,0	40,7	.	0
HONG KONG	10	47,5	41,9	41,4	45,0	0
VENEZUELA	4	.	41,5	.	.	-
T. y TOBAGO	4	.	48,5	41,7	.	0
TÚNEZ	5	42,3	44,0	43,0	41,0	0
SRI LANKA	7	46,0	38,8	43,7	.	0
BAHAMAS	11	.	48,2	44,4	43,0	-
COSTA RICA	5	52,6	46,1	45,1	.	0
MALASIA	5	.	51,5	48,0	.	0
MÉXICO	4	55,3	49,7	.	.	-
COLOMBIA	5	.	52,1	51,2	.	0
HONDURAS	5	.	.	54,0	52,7	0
CHILE	13	.	.	54,8	53,1	0
BRASIL	7	.	59,0	55,6	.	0

Fuente: Gwin y Nelson (1997).

<sup>a</sup> El cuadro incluye todos los países con cuatro o más observaciones, basadas en los datos de la encuesta a los hogares. Todos los índices de Gini son medidos con el mismo indicador (consumo o ingreso) para un período de tiempo y para un país dado, aunque varía entre países.

<sup>b</sup> El signo indica la tendencia: “-” descenso de desigualdad; “+” incrementos de desigualdad; y “0” indica tendencia no significativa.

Más discutible es el efecto que el crecimiento puede tener sobre la *pobreza relativa*, medida a través de la evolución del ingreso *per capita* correspondiente a los estratos inferiores de la distribución. Roemer y Gugesty (1997) y Barro (1999) alcanzan, al respecto, una conclusión que sería confirmada por posteriores estudios: la relación que vincula el crecimiento de las rentas *per capita* promedio y la correspondiente a los sectores pobres (quintil inferior o sector que no supera un umbral respecto a la renta mediana) es cercano a la unidad. Lo que revela que los sectores pobres también se benefician del crecimiento. Se trata, además, de una relación que se sostiene con notable constancia, con independencia del nivel de desarrollo del país, del período temporal que se considere y del signo –expansivo o contractivo– del ciclo económico, lo que confirma resultados suficientemente robustos.

En un trabajo en esta misma línea, referido a 69 países, Gallup, Radelet y Warner (1998) encuentran una sólida relación entre crecimiento de la renta y nivel de ingresos de los sectores pobres. En concreto, identifican con un coeficiente cercano a la unidad la relación existente entre las dos variables mencionadas. Aun cuando éste es el resultado correspondiente al conjunto de la muestra, es posible detectar comportamientos dispares según los países que se consideren, localizándose en el sudeste asiático los coeficientes superiores y en África subsahariana los menores. Es importante señalar que estos autores identifican una suerte de distribución asociada al estado estacionario, al que convergen los países de acuerdo con su distribución inicial de la renta, de modo que el progreso que experimenta el ingreso de los sectores más pobres es tanto mayor cuanto más desigual es el nivel de partida de la distribución. Como apuntan los autores (Gallup *et. al.*, 1998; pág. 8), «donde los pobres comienzan con una participación inicial más pequeña, la tasa de crecimiento subsiguiente de la renta de estos sectores es mayor en relación con el crecimiento agregado».

Por último, un trabajo que tuvo notable eco es el debido a Dollar y Kraay (2000), realizado en el seno del Banco Mundial. A partir de una amplia base empírica, que incluye 125 países y 236 observaciones, los autores intentan estimar el efecto que el crecimiento tiene sobre la renta del quintil más pobre de la población respecto a la media nacional. De acuerdo con los datos, la relación entre ambas variables es muy cercana a la unidad, lo que confirma la estabilidad de los patrones distributivos a lo largo del tiempo, así como el impacto positivo que el crecimiento agregado tiene sobre los sectores de más baja renta. A partir de los datos disponibles, Dollar y Kraay (2000) estiman que «el 80% de la variación en la renta de los pobres es debida a la variación en la renta *per capita* agregada; y solamente el 20% es debida a diferencias en la distribución de la renta a lo largo del tiempo y entre países. En términos de tasas de crecimiento, casi la mitad del crecimiento de la renta de los pobres se explica por el crecimiento de la renta media». Estos resultados son suficientes para justificar que «el crecimiento económico es bueno para los pobres», pero restan importantes cosas por conocer: especialmente, como los propios autores reconocen, los efectos económicos que se derivan de los cambios en la distribución de la renta.

#### 4. De la equidad al crecimiento

Aun cuando buena parte del análisis se ha dedicado a estudiar la relación entre crecimiento y desigualdad, no faltan propuestas teóricas y trabajos aplicados que tratan de argu-

mentar la relación de sentido inverso, analizando el efecto que la distribución tiene sobre el crecimiento. Quien formuló inicialmente esta hipótesis de una manera más nítida fue Kaldor (1957), haciendo depender la tasa de acumulación del origen (o nivel) de la renta. En concreto, si se considera que la propensión marginal a ahorrar crece a medida que se avanza en los niveles de renta, la concentración de los ingresos promoverá un incremento del ahorro agregado, estimulando el proceso de acumulación de capital y de crecimiento económico. De acuerdo con esta posición, un cierto nivel de desigualdad resulta necesario para incrementar las posibilidades de crecimiento; o, dicho de otro modo, los países de más intenso crecimiento estarán entre aquellos en los que rija mayor desigualdad.

Esta hipótesis no parece, sin embargo, ajustarse a la experiencia internacional más reciente. Es conocido que uno de los rasgos de los países más dinámicos del sudeste asiático es su apreciable nivel de equidad; mientras, al contrario, Latinoamérica aún bajo crecimiento promedios con muy elevados niveles de desigualdad (**Gráfico 2**). De ahí que autores como Birsdall, Ross y Sabot (1995) o Clarke (1995) sugirieran que la desigualdad puede ser una limitación, más que un factor favorable, para la promoción del crecimiento. De este modo se configuró lo que Kanbur (1998) denomina la «nueva ortodoxia» acerca del tema, argumentando el efecto positivo que la equidad distributiva tiene sobre las posibilidades de crecimiento. Esta posición puede ser sintetizada con la argumentación que ofreció Bourguignon (1996; pág. 47) en la Conferencia sobre Economía del Desarrollo del Banco Mundial de 1995, cuando señaló que «el presente debate sobre la relación entre la desigualdad y el crecimiento está basado en la idea de que, a través de diversos canales, la equidad puede servir como un factor promotor del crecimiento».

#### 4.1. Principales argumentos teóricos

Aun cuando las aportaciones más centrales de este enfoque han sido desarrolladas a lo largo de la última década, pueden encontrarse algunos antecedentes de interés. El primero y, tal vez, más relevante sea el premio Nobel de Economía, G. Myrdal (1973), quien señaló el papel positivo que un cierto nivel de equidad tiene sobre la productividad de las personas y, por tanto, sobre las posibilidades de crecimiento<sup>6</sup>; y en idéntico sentido se orientaba el trabajo de Adelman y Morris (1973). Más influyente fue, sin embargo, el estudio coordinado por Chenery y Ahluwalia (1974), intencionalmente titulado como *Redistribution with growth*, en el que se argumentaba que la política social podía modificar la regularidad empírica supuesta por Kuznets, sin que fuese necesario admitir la existencia de un *trade-off* entre crecimiento y equidad.

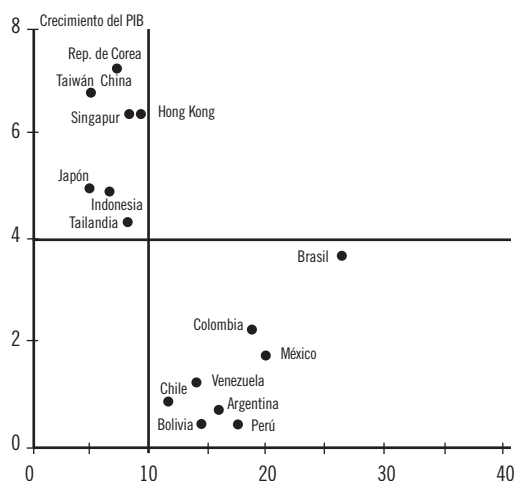
De particular importancia fueron los capítulos elaborados por Ahluwalia y Chenery «The economic framework» (págs. 38–51) y «A model of redistribution and growth» (págs. 209–235). En concreto, en el estudio se argumenta que «la inversión en los pobres puede producir beneficios en forma de mayor productividad y salarios en los sectores organizados, así como mayor producción y renta para los pobres autoempleados». Es posible –se admite– que al principio haya costes en términos de crecimiento, aunque ello no es necesario, pero en el

<sup>6</sup> Señala Myrdal (1973; 73): la igualdad «sienta las bases para un crecimiento económico más rápido y más constante».

largo plazo «la transformación de colectivos pobres en miembros productivos de la sociedad permitirá elevar la renta de todos» (pág. 47). Así pues: «Una planificación enfocada hacia la pobreza no implica el abandono del crecimiento como objetivo. Implica, no obstante, redistribución de los beneficios del crecimiento» (pág. xviii).

Desde las tradiciones postkeynesiana y estructuralista también se trató de fundamentar la relación (Marglin y Bhaduri, 1991, y Taylor, 1991). En estos modelos la desigualdad influye en el crecimiento mediante su impacto en la dimensión y composición de la demanda y, a través de ello, sobre la inversión. No se trata, sin embargo, de una relación única, ya que es diferente el efecto de acuerdo con el régimen de crecimiento que siga el país, según venga determinado por las ganancias o por los salarios. Las relaciones de base son las siguientes: i) en primer lugar, el consumo agregado se correlaciona positivamente con la participación salarial, dado que se supone que la propensión marginal al consumo es mayor en el caso de las rentas del trabajo; ii) en segundo lugar, una participación salarial superior implica una menor participación de las ganancias en la renta, lo que afecta negativamente a la inversión; y iii) en tercer lugar, las exportaciones pueden disminuir con una mayor participación de los salarios, en la medida en que puede afectar a las condiciones de competitividad agregadas de la economía. En el caso de un régimen impulsado por los salarios, el primero de los factores predominará sobre los dos segundos, haciendo que un incremento en la participación de los salarios en la renta venga acompañado por un mayor crecimiento. Por el contrario, en el caso de un régimen impulsado por los beneficios, son los dos últimos factores los que predominan, de modo que un incremento de los salarios influirá de forma negativa sobre el crecimiento.

**Gráfico 2.** Desigualdad del ingreso y crecimiento del PIB per capita, (1965-1990)<sup>a</sup>



Fuente: Banco Mundial (1993).

- a La desigualdad del ingreso es la proporción promedio de las participaciones en el ingreso del 20 por 100 más rico y el 20 por 100 más pobre de la población.

Diversos autores, entre los que se encuentra Todaro (1986), argumentaron el posible impacto que la equidad puede tener sobre el crecimiento a través de la mejora de las condiciones de productividad del trabajo. Una distribución más equitativa de la renta propicia unos niveles más elevados de salud y de educación de la población más pobre, lo que permite incrementar su contribución eficiente a la actividad productiva. Moon y Dixon (1992) confirmaron esta línea de trabajo al demostrar, a partir de una amplia muestra de más de 100 países, que «la atención a las necesidades básicas facilita el crecimiento».

Este supuesto se desarrolla posteriormente en los estudios del PNUD (1997) y de Ranis, Stewart y Ramírez (2002). En el primer caso, con un análisis referido a 65 países, se llega a la conclusión de que existe una relación positiva, de doble dirección, entre desarrollo humano (muy influido por los niveles de equidad) y crecimiento económico. Y a una conclusión similar llegan Ranis, Stewart y Ramírez (2002), quienes concluyen:

La política económica y social ha tendido a definir como prioridad alcanzar unos adecuados fundamentos económicos como precondition para el crecimiento. Nuestros resultados no niegan la importancia de la reforma económica, pero subrayan que desde el comienzo del programa de reformas debe ser integrada una consideración de los aspectos referidos al desarrollo humano. El crecimiento económico no será capaz de sostenerse a menos que sea precedido o acompañado por mejoras en los niveles de desarrollo humano.

A partir de los años noventa, la investigación académica encontró nuevas razones para argumentar la existencia de una relación positiva entre equidad y crecimiento, recurriendo para ello a los nuevos desarrollos que se derivan de endogeneizar tanto el crecimiento como la política fiscal; y de reconocer las asimetrías informativas en los mercados de capital. El efecto de la desigualdad se estudia a través de cuatro vías: a) el comportamiento del votante mediano respecto a la fiscalidad; b) la estabilidad política y su efecto sobre la inversión; c) la capacidad de acceder al ahorro y al aseguramiento por parte de la población; y d) el efecto de la igualdad sobre la tasa de fecundidad. Veamos, brevemente, cada una de estas líneas de argumentación.

#### a) *Política fiscal endógena*

La primera de estas líneas de argumentación –*política fiscal endógena*– trata de señalar el efecto que la desigualdad tiene sobre el marco de preferencias de los ciudadanos en el proceso político –las elecciones– a la hora de elegir entre crecimiento y políticas redistributivas (Alesina y Rodrik, 1994; Persson y Tabellini, 1994; Alesina y Perotti, 1993; Perotti, 1992; Saint Paul y Verdier, 1991; y Bertola, 1998). La base de estos modelos descansa, en primer lugar, en el protagonismo que se le otorga a la inversión en el proceso de crecimiento; y, en segundo lugar, en la incorporación de un mecanismo político endógeno en el proceso de crecimiento. Se parte para ello del «teorema del votante mediano», de Meltzer y Richard, que establece que: 1) las preferencias respecto a una variable se distribuyen monotónicamente con relación a un atributo de la población (por ejemplo, la renta); y 2) cada persona tiene un voto (de igual peso), de modo que la preferencia del votante mediano es la que decide la votación. Pues bien, si se aplica un impuesto neto a la desigualdad, es fácil demostrar que la preferencia por el valor de



la tarifa desciende a medida que crece la renta. No obstante, cuanto más desigual sea la sociedad (y mayor distancia haya, por tanto, entre la media y la mediana), más elevada será la tarifa por la que se opte. Si se supone que la tarifa tiene un efecto de distorsión sobre el mercado, generando un efecto inhibitorio sobre el proceso inversor, habrá que concluir que la desigualdad termina por repercutir negativamente sobre el crecimiento.

La diferencia entre los autores que avanzaron en esta línea de investigación radica en algunas especificaciones del modelo. Así, mientras Alesina y Rodrik (1994) y Bertola (1998) se refieren a la distribución funcional del ingreso (entre capital y trabajo), Persson y Tabellini (1994) lo hacen con la distribución personal de la renta (entre ricos y pobres). Las conclusiones, en todo caso, son relativamente semejantes. Así, por ejemplo, en el caso de Persson y Tabellini (1994) la existencia de una acusada desigualdad motiva el recurso a la imposición para redistribuir, lo que repercute de forma negativa sobre la inversión y el crecimiento. Como ellos mismos señalan, la desigualdad puede ser dañina para el crecimiento porque «conduce a políticas que no protegen los derechos de propiedad y no permiten una plena apropiación privada de los rendimientos de la inversión» (Persson y Tabellini, 1994; pág. 617).

Por su parte, Alesina y Rodrik (1994) parten de un modelo de crecimiento endógeno donde el *output* depende del trabajo, el capital y de un bien público, que es financiado a través de un impuesto al capital de carácter proporcional. A partir de estas bases extienden el «teorema del votante mediano», suponiendo que los agentes económicos tienen dotaciones de capital diferentes. Dado que los beneficios de la imposición son comunes, pero los costes están relacionados con la dotación de cada cual, los agentes con menos capital optarán por imposiciones más elevadas. De esta forma, a medida que se incrementa la desigualdad, más elevada es la imposición que se demanda, con sus potenciales efectos negativos sobre el crecimiento.

Tanto Alesina y Rodrik (1994) como Persson y Tabellini (1994) se refieren a la conveniencia de una adecuada distribución inicial, pero sus argumentos no avalan necesariamente la acción redistributiva posterior, ya que se supone que genera un efecto perverso sobre el crecimiento. Por este mismo motivo no dan demasiada argumentación acerca de qué realizar si la distribución inicial de la que se parte es notablemente desigual; y tampoco establecen criterio alguno para delimitar si la redistribución debiera hacerse a través de la renta o a través de los activos. Su mismo razonamiento obliga a una transacción entre las ventajas y los costes que se podrían derivar para el crecimiento de una acción redistributiva.

Pese a la elegancia formal de esta línea de investigación, no parece que la evidencia confirme que los países donde rigen las mayores desigualdades sean aquellos en los que existe un mayor afán redistributivo: un aspecto considerado por Rodríguez (1999) o Bénabou (1996 a y b). Para explicar esta paradoja, Rodríguez (1999) presenta un modelo de búsqueda de rentas donde existe desigualdad en la capacidad para influir sobre los poderes públicos. Los sectores poderosos tratarán de influir sobre las decisiones políticas a través de una actividad de búsqueda de rentas –actividad improductiva, en suma– que tendrá efectos negativos sobre la inversión y el crecimiento. Los votantes –y en esto se diferencia de los modelos previos– pueden fijar la tasa impositiva media, pero no las exenciones y tratos de favor que resultan de la capacidad de influencia de los poderosos a través de su actividad de

búsqueda de rentas. Así pues, en este caso, mayor desigualdad genera una más activa política de búsqueda de rentas, con efectos perversos sobre el crecimiento. Por su parte, Bénabou (1996) estudia no la distribución del ingreso, sino del poder. El votante decisivo tiene un ingreso superior al medio. De este modo, si es suficientemente alta la desigualdad, ello eleva el costo de la distribución.

*b) Estabilidad institucional y social*

En segundo lugar, hay un grupo de estudios que se refieren a la relación existente entre desigualdad, estabilidad y crecimiento (Alesina y Perotti, 1996, o Alesina y Rodrik, 1994). La secuencia establecida se fundamenta en dos relaciones suficientemente contrastadas: por una parte, el coste que para la inversión y el crecimiento tiene la inestabilidad institucional y social, cualquiera que sea la forma en que ésta se manifieste (cambio político, violencia social, delincuencia ...); por otra, el efecto que la desigualdad tiene sobre la fragilidad institucional y sobre la tensión social. En definitiva, se considera que la desigualdad es generadora de males públicos, como el crimen, la violencia o la inseguridad, que afectan de forma negativa a las posibilidades de inversión y crecimiento (entre otros, Fajnzylber *et. al.*, 1998). De hecho, este factor –el efecto sobre la estabilidad– es el principal lazo de unión entre desigualdad y dinámica económica, de modo que cuando se controla la estabilidad política, no se aprecia relación alguna entre aquellas dos variables.

En concreto, Alesina y Perotti (1996) analizan una muestra de 71 países para el período 1960–85, encontrando que «la desigualdad en la renta, promueve el descontento social e incrementa la inestabilidad socio–política. Como consecuencia crea incertidumbre en el entorno político–económico y reduce la inversión. Así pues, la desigualdad de renta y la inversión están inversamente relacionadas» (Alesina y Perotti, 1996; pág. 1203). En la medida en que la inversión es una fuerza promotora del crecimiento, la anterior argumentación identifica una posible vía a través de la cual la desigualdad puede dañar las posibilidades de crecimiento.

Las conclusiones de Alesina y Perotti (1996) encuentran un punto de discrepancia con las previas de Alesina y Rodrik (1994) o Persson y Tabellini (1994), ya que sugieren un potencial papel positivo para las políticas fiscales promotoras de la redistribución, en la medida en que proporcionan un mayor clima de estabilidad y de menor tensión social, que podría contribuir positivamente al crecimiento. Como ellos mismos señalan (Alesina y Perotti, 1996; pág. 1226), «el efecto neto de las políticas redistributivas sobre el crecimiento se deriva de contrapesar el coste en términos de distorsión que origina la aplicación de una imposición con los beneficios que se derivan de la reducción de las tensiones sociales». Este aspecto de la estabilidad es especialmente importante en el caso de la capacidad de un país para afrontar *shocks* externos, como se argumenta en Rodrik (1998).

*c) Imperfecciones en los mercados de capital*

Una tercera corriente dentro de esta literatura es la que relaciona la desigualdad con el racionamiento del crédito y con la existencia de mercados de capital y de seguros incompletos (Banerjee y Newman, 1991; Aghion y Bolton, 1992; Galor y Zeira, 1993; Aghion *et. al.*, 1999). El argumento es el siguiente: dada una distribución de la riqueza, su posterior modificación estará

en relación con las posibilidades que tiene la población de acceder a financiamiento para adquirir nuevos activos (capital físico o humano). No obstante, los mercados de capital se caracterizan por realizar sus transacciones en un entorno de información imperfecta y asimétrica, lo que les conduce a prácticas de racionamiento asociadas a la disponibilidad de colaterales. De este modo, los ricos tienen más capacidad de acceso al crédito, al disponer de los activos necesarios para su garantía. Como señala Aghion *et. al.*, (1999; pág. 1630), «cuando los mercados de capital son altamente imperfectos y la tecnología de producción evidencia rendimientos decrecientes de capital, la desigualdad en la distribución de la riqueza es mala para el crecimiento».

Esta línea de reflexión se basa en el reconocimiento de que los pobres carecen de las oportunidades que tienen el resto de los agentes económicos, simplemente porque no pueden acceder a los mercados de crédito (y de seguro) para financiar su decisión inversora. En ese caso, una sociedad desigual estaría subutilizando las oportunidades productivas por causa de la exclusión a que se somete a los pobres. Dicho de otro modo, de un conjunto dado de oportunidades de acumulación, sólo podrán ser aprovechadas aquéllas motivadas por quienes parten ya de una cierta riqueza acumulada. Por todo ello, políticas redistributivas dirigidas a facilitar la acumulación de activos productivos en manos de los pobres (como, por ejemplo, a través de los microcréditos), cuando se adoptan en un marco no distorsionado, no sólo facilitan la conformación de una sociedad más justa, sino también pueden ser instrumentos útiles para promover un mayor crecimiento.

Puede ser ilustrativo de esta línea de investigación, el trabajo de Galor y Zeira (1993) en el que la distribución inicial condiciona las posibilidades de inversión en capital humano sin necesidad de apelar al crédito. Así pues, los ricos terminan por ser los que más fácilmente pueden invertir en educación y acceder a los puestos de trabajo cualificado. Al final, existirán, por una parte, dinastías ricas con generaciones formadas, trabajando en el sector cualificado y poseedoras de mayores herencias y, por otra, dinastías pobres, desplazadas de la educación, el trabajo cualificado y el acceso a herencias. A su vez, Aghion *et. al.*, (1999) relacionan las acciones redistributivas con una mejora de la eficiencia, en la medida en que desplaza recursos desde los ricos, cuya productividad marginal de la inversión es más baja, hacia los sectores pobres, en los que la productividad marginal de la inversión es mayor.

### *d) Fertilidad endógena*

Desarrollada inicialmente por Barro y Becker (1988), esta línea de trabajo se fundamenta en la relación entre educación, fertilidad y distribución del ingreso. Dahon y Tsiddon (1998) identifican una menor fertilidad con una disminución de la desigualdad, un aumento en la inversión en el capital humano y un mayor crecimiento. La relación entre educación y reducción de la tasa de fertilidad se manifiesta a través de un proceso de signo contradictorio: la capacitación permite acceder a las mujeres a mayores salarios, lo que les permite afrontar más holgadamente los costes que suponen los hijos (efecto renta), pero, al tiempo, se incrementa el coste de oportunidad de los hijos en términos de posibilidades retributivas y futuro profesional de las mujeres (efecto sustitución). Si, como se supone, el efecto sustitución es mayor que el efecto renta, las familias de mayor nivel de capacitación –y más elevada renta– tendrán menor número de hijos.

Como consecuencia, los sectores pobres se verán incursos en una dinámica acumulativa: tenderán a tener mayor número de hijos, lo que les dificulta invertir adecuadamente en su educación, haciéndoles más difícil salir de la pobreza; y al contrario sucederá con los sectores ricos. Debido a la diferencia de fertilidad, el proceso tenderá a acentuarse en el tiempo: se incrementa la desigualdad y se afecta negativamente al crecimiento. Es posible, sin embargo, que el diferencial de salarios tienda a crear incentivos a la formación entre los pobres, pudiendo dar lugar a equilibrios diversos.

#### 4.2. Evidencia empírica

Como se ha argumentado, esta literatura apunta a que la desigualdad en el ingreso perjudica al crecimiento económico. Por supuesto, no faltan aportaciones críticas a este enfoque. Acaso, el ejemplo más notable lo representa el trabajo de Perotti (1993). Se parte de un modelo en el que cada individuo invierte en su educación, pero todos se benefician de ese esfuerzo a través de las externalidades. Los mercados de capital imperfectos hacen que unos agentes inviertan más que otros en el proceso formativo: aquéllos con mayor capacidad de acceso a recursos, invierten más en educación, con lo que terminan por disponer de una renta más elevada en el siguiente período. En una economía muy pobre, solamente una distribución muy desigual de la renta permitirá a aquellos que están en los estratos más elevados de renta invertir en educación y así generar las externalidades sobre el conjunto de la economía, lo que repercute sobre las posibilidades de crecimiento. En este caso, y bajo las condiciones supuestas, una cierta desigualdad puede alentar el crecimiento.

E, igualmente, desde la tradición del crecimiento endógeno, Galor y Tsiddon (1996) desarrollaron un modelo sobre el que se hace depender el crecimiento de la productividad total de los factores, capital físico y humano, siendo este último dependiente del nivel de vida familiar. En este caso, la inversión en capital humano crece a medida que se eleva el nivel de vida familiar, al igual que se elevan los niveles de productividad agregados; y, a su vez, estas dos variables quedan influidas por la inversión en capital humano. Esta relación motiva una dinámica divergente entre las dinastías familiares, dando origen a una relación mutuamente reforzante entre concentración de la renta y crecimiento. Alternativamente, el modelo puede revertir hacia una convergencia entre las dinastías si, bajo determinadas condiciones, se supone la existencia de importantes externalidades tecnológicas. Los autores concluyen señalando que para una economía que valore tanto la equidad como la prosperidad, puede encontrar difíciles transacciones entre la equidad en el corto plazo y la equidad y la prosperidad en el largo plazo.

Las discrepancias en las previsiones teóricas acentúan el interés por los resultados del trabajo empírico, al objeto de averiguar el sentido de las relaciones: Bénabou (1996) y Bertola (1998) hacen una muy adecuada presentación de la literatura relevante. El primero presenta una imagen notablemente confirmatoria de la relación entre equidad y crecimiento. De acuerdo con su propio juicio, los estudios revelan que un descenso en una desviación estándar en la desigualdad permite un incremento de 0,5 a 0,8 puntos porcentuales en la tasa de crecimiento. El resultado se produce tanto en países en desarrollo como desarrollados y con cierta independencia respecto a las especificaciones adoptadas y a las medidas de desigualdad a las que se recurra.

También confirman la relación entre equidad y crecimiento los trabajos de Persson y Tabellini (1994) o Alesina y Rodrik (1994), en este caso referidos al efecto de la desigualdad sobre la inestabilidad social e institucional. Aun cuando el modelo se refiere a regímenes democráticos, las conclusiones podrían generalizarse más allá de ese sistema, a juzgar por los resultados de Alesina y Rodrik (1994), que no encuentran efecto significativo alguno del régimen político. No obstante, la literatura empírica relacionada con este tipo de enfoques es la que manifiesta mayores problemas, tal como argumenta Bertola (1998).

Con cierta relación con la tradición previa, Easterly (2002) analiza, en un trabajo reciente, la relación entre desigualdad y determinados fundamentos del desarrollo, como la calidad institucional, la apertura económica o el grado de escolarización. Sus resultados confirman la idea de que «la desigualdad tiene un coste grande y estadísticamente significativo para promover los mecanismos a través de los que se alcanza el desarrollo económico» (Easterly, 2002; pág. 33).

El argumento de la exclusión de los mercados de capitales no sufre los mismos problemas empíricos que los modelos de comportamiento político. Así, Birsdall y Londoño (1997), al estudiar la desigualdad en la distribución de activos (tierra y capital humano), concluyen que «las desigualdades iniciales en la distribución de la tierra y de capital humano tienen un claro efecto negativo sobre el crecimiento económico; y los efectos son casi dos veces mayores para los pobres que para el conjunto de la población». Por su parte, Deininger y Squire (1998) comprueban que el nivel inicial de desigualdad en la renta no es un factor robusto en la explicación del crecimiento, aunque sí resulta significativa la elevada desigualdad en la distribución de la tierra, cuyos efectos negativos sobre la dinámica económica, en opinión de los autores, se produce a través de los efectos de exclusión generados en los mercados de capitales. Esta relación entre alta desigualdad en la distribución de la tierra y bajo crecimiento se diluye, sin embargo, en el caso de los países más desarrollados. A un resultado similar llega Barro (1999), al observar que la relación negativa entre desigualdad y crecimiento es significativa en el caso de los países pobres, pero se desvanece en el caso de los países más ricos; lo que apunta a que la entrada en los mercados se produce a partir de un determinado umbral de activos y de renta. Por su parte, el efecto negativo que sobre el crecimiento tiene la desigualdad en la distribución de activos es confirmado en un trabajo reciente de Deininger y Olinto (2000).

Pero, acaso, el trabajo más ambicioso en este ámbito sea el de Perotti (1996), que es uno de los pocos que precede a la estimación de modelos estructurales. Al igual que en el resto de los casos, Perotti (1996) concluye que existe una robusta relación negativa entre desigualdad en la distribución del ingreso y crecimiento. Sus estimaciones, por lo demás, aportan respaldo a los enfoques relacionados con la inestabilidad institucional y con la fertilidad endógena, pero no así del enfoque fiscal al no identificar relación alguna entre desigualdad y redistribución y detectar una relación positiva de la redistribución con el crecimiento (al contrario de lo predicho por el modelo). También Panizza (1999) recurre a la estimación de un modelo estructural, si bien con datos referidos a Estados dentro de un país (Estados Unidos), al objeto de dotar de ma-

por homogeneidad a la muestra. Sus resultados, aunque dependientes del indicador de desigualdad utilizado, son confirmatorios tanto del modelo fiscal como del referido a la inestabilidad institucional: a través de ambos canales la desigualdad afecta negativamente al crecimiento.

La existencia de resultados confirmatorios no implica, sin embargo, que los estudios estén libres de objeciones. Así, revisando esta literatura, Bénabou (1996) evidencia algunos resultados contradictorios y Fishlow (1996) señala que las conclusiones son extremadamente sensibles a la incorporación de algunas *dummies* regionales, lo que puede ser expresivo de la existencia de variables omitidas. También Barro (1999) encuentra una relación débil entre desigualdad y crecimiento; y de signo cambiante según se trate de un país en desarrollo o de un país desarrollado (negativa en el primer caso, y positiva en el segundo). Por su parte, Forbes (2000), en un cuidadoso estudio en el que aplica el método de momentos generalizados para datos de panel, encuentra una relación positiva y significativa entre desigualdad y crecimiento en el corto y medio plazo. Y a esa misma conclusión acceden Li y Zou (1997) apelando a metodología relativamente similar, de datos de panel. Alguno de estos estudios de tono más negativo fueron criticados por su preferente atención a la dinámica de corto y medio plazo (en lugar de a largo plazo) o por los procedimientos estadísticos utilizados, pero ciertamente aportan sombras fundadas al supuesto de la relación positiva entre equidad y crecimiento.

En suma, los ejercicios empíricos no resultan enteramente concluyentes. Lo que no es una sorpresa si se tiene en cuenta la distancia que existe entre los modelos teóricos y los datos disponibles: mientras los primeros se refieren preferentemente a la distribución de activos, los segundos aluden a la distribución de rentas; y los efectos que una y otra variable tienen sobre el crecimiento no tienen por qué ser coincidentes, por lo que no es extraño la ambigüedad de los resultados (Bourguignon, 2000). Por lo demás, la mayor parte de las estimaciones, con las excepciones de Perotti (1996) y de Panizza (1999) se realizan a partir de formas reducidas –no de modelos estructurales– de la relación. Pese a todo ello, las investigaciones realizadas aportan indicios, no enteramente concluyentes, para pensar que la desigualdad (especialmente en la distribución de activos) influye negativamente sobre los pobres a través de una doble vía (Goudi y Ladd, 1999): a) haciendo más débil o lento el proceso de crecimiento; y b) aminorando el efecto que el crecimiento puede tener sobre los ingresos y condiciones de vida de los sectores más pobres.

## 5. Conclusiones para la política económica y social

### 5.1. Balance de lo analizado

A lo largo de las páginas previas se ha estudiado la relación entre crecimiento y equidad. Se trata de un sistema de relaciones complejo, en el que, además, se presuponen vínculos de diverso sentido. El recorrido realizado, aun cuando no permita conclusiones incontestables, es suficiente para fundamentar juicios razonables acerca de la relación estudiada.

### 5.1.1. Relación teórica entre crecimiento y equidad

Existen argumentos para suponer tanto una relación del crecimiento sobre la distribución como de esta última sobre el crecimiento, si bien las razones que respaldan esta segunda relación parecen más sólidamente contruidos. Pese a su larga tradición, la hipótesis de Kuznets nunca tuvo una convincente fundamentación teórica. Mayor solidez tienen las hipótesis recientes que argumentan el efecto de la distribución sobre el crecimiento, en el marco doctrinal que proporcionan las nuevas teorías del crecimiento endógeno. Si bien, en este caso, es la mayor equidad la que favorece el crecimiento y no, como Kuznets supone, el crecimiento el que promueve la inequidad. No obstante, la mayor parte de los nuevos argumentos teóricos se refieren más a la distribución de activos y al proceso de acumulación de los agentes económicos que a la distribución de la renta y a su comportamiento como consumidores. Un aspecto que no siempre se ha logrado traducir adecuadamente al trabajo empírico.

### 5.1.2. Trabajo empírico

Los estudios empíricos realizados en este campo presentan diversos flancos a la crítica. La primera de ellas alude a la baja calidad de los datos disponibles sobre esta materia; un aspecto señalado por Fields (1989), Deininger y Squire (1996 a y b) o Kanbur (1998). A pesar de su mejora en el tiempo, todavía se trata de datos notablemente deficientes, que presentan dificultades sustanciales para la comparación internacional. Los datos correspondientes a los distintos países difieren en el concepto medido (renta, consumo), en la referencia precisa a la que remite el indicador (renta bruta, renta neta), a la unidad de observación elegida (personas u hogares), en la periodicidad de las encuestas y en su cobertura (nacional o subnacional).

En segundo lugar, en la mayor parte de los casos se recurre a formas reducidas de la relación entre las variables relevantes, sin considerar la posibilidad de construir un modelo estructural. No obstante, el tipo de relación que se trata de estimar es difícil que se acomode a una relación regular única tan sencilla como la supuesta en los modelos estimados. Como apunta Kanbur (1998), puede resultar excesivo pretender captar en un único modelo una relación que es, por definición, compleja, en la que se combinan tendencias de corto y de largo plazo, a veces con signos de evolución diferenciados. Por último, como señala Solimano (2000), en la mayor parte de los casos se trata de modelos sobreidentificados, que pueden resultar congruentes con diversas hipótesis explicativas.

Con todas estas limitaciones no es extraño que el trabajo empírico no logre clarificar el sistema de relaciones propuesto. Pese al carácter más asentado en la literatura económica de la hipótesis de Kuznets, la más reciente colección de trabajos sobre el tema parece confirmar la existencia de una notable estabilidad de la distribución, lo que permitiría pensar que, en condiciones normales, los sectores pobres se ven beneficiados por el crecimiento. Al tiempo, aun cuando una buena relación de estudios confirma el impacto que la equidad (especialmente, en la distribución de activos) tiene sobre el crecimiento, no faltan los que dudan de sus conclusiones o consideran que tales resultados no son robustos. Todo ello sugiere la conveniencia de realizar un mayor esfuerzo en el estudio de casos nacionales, tratando de dotar a los estudios de una más cuidadosa recopilación de datos y de una más compleja modelización. Como señala Kanbur (1998):

Juzgamos que la literatura derivada de Kuznets, centrada sobre la relación agregada, sobre la forma reducida de la relación entre desigualdad y renta per cápita, tiende a pasar por alto la rica textura de las relaciones efectivas entre estas dos variables, que pueden, sin embargo, ser captadas a través de estudios de caso detallados del proceso de desarrollo.

La dificultad para encontrar una relación única para un proceso que es cambiante en el tiempo y en el espacio, motiva, con frecuencia, suponer la ausencia de relación entre las variables, lo cual puede ser engañoso.

## 5.2. Conclusiones para la política económica

Deininger y Squire (1996 b), al tratar de trazar sus conclusiones sobre este tipo de literatura, señalan:

Primero, los responsables políticos debieran poner atención en las consecuencias distributivas de sus opciones ya que la temida conclusión de que existe un efecto sistemático negativo del crecimiento sobre la distribución de la renta resulta infundado. Segundo, la desigual distribución de activos, más que de la renta, puede ser un impedimento para el crecimiento, lo que implica que las políticas redistributivas podrían fortalecer la dinámica económica. Tercero, aun cuando las políticas redistributivas tienen el potencial de beneficiar a los pobres directa e indirectamente, ello sólo se producirá si las acciones distributivas no dañan la inversión productiva. Todo ello descalifica el conflicto del pasado e implica que, si los países desean aplicar políticas redistributivas, debieran imaginarse mecanismos que pudieran al mismo tiempo mantener o incrementar la inversión, lo que revela que su impacto sobre los incentivos puede ser decisivo para el éxito final de tales programas.

Ciertamente, las dos últimas conclusiones son ampliamente aceptadas por cuantos estudian el tema y la primera, aunque con más matices, podría ser admitida también por un amplio espectro de analistas. El problema, no obstante, de esa conclusión es que —como señala Kanbur (1998)— no proporciona orientación alguna a los políticos. Y eso apunta a la necesidad de estudiar con mayor profundidad las consecuencias de las diversas opciones políticas, tanto en materia de crecimiento como en el ámbito distributivo.

Los resultados a los que acceden los estudios parecen sugerir que las pautas distributivas son relativamente invariantes respecto al proceso de crecimiento. Eso es suficiente para afirmar, como hacen Dollar y Kraay (2000), que «el crecimiento es bueno para los pobres». Pero es necesario, sin embargo, introducir tres precisiones para evitar interpretaciones inadecuadas de este resultado:

- En primer lugar, que el crecimiento sea bueno para los pobres no quiere decir que cualquier política que estimule el crecimiento vaya a ser necesariamente buena para los pobres. Toda política tiene su impacto distributivo; y hay algunas acciones políticas que pueden estimular el crecimiento con altos costes en términos distributivos. Lo que sugiere la necesidad de identificar aquellas políticas capaces de promover crecimiento sin afectar negativamente (o aun afectando positivamente) a la distribución.



## Equidad y crecimiento: una relación en disputa

- En segundo lugar, que el crecimiento sea bueno para los pobres no quiere decir que todos, pobres y ricos, salgan igualmente beneficiados del crecimiento. El hecho de que la distribución permanezca invariable sugiere que los beneficios del crecimiento se distribuyen proporcionalmente al nivel de renta de partida de cada cual. Ello no modifica la distribución relativa de la renta (desigualdad), pero incrementa la diferencia absoluta entre los diferentes estratos sociales.
- Por último, que el crecimiento sea bueno para los pobres no quiere decir que no puedan existir otras políticas, de tono distributivo, que aceleren y refuercen el proceso de corrección de la desigualdad y de erradicación de la pobreza.

En relación con este último aspecto, conviene insistir en la capacidad que tienen las políticas promotoras de la equidad –acciones distributivas– para corregir la pobreza. Se trata del aspecto más marginado del debate. No obstante, la literatura identifica, cuando menos, tres potenciales efectos complementarios de esta política sobre la pobreza: i) en primer lugar, a través del efecto directo que se deriva de la propia transferencia de recursos (activos o rentas) asociados a la acción redistributiva; ii) en segundo lugar, a través del efecto indirecto asociado al incremento que provoca en la elasticidad de la pobreza, haciendo que una misma tasa de expansión del producto tenga un mayor efecto en términos de reducción del número de pobres; y iii) en tercer lugar, aunque existen más dudas al respecto, por medio del efecto que la equidad tiene como factor promotor de un crecimiento más vigoroso y estable. El conjunto de esos factores apoya la conveniencia de otorgar mayor relevancia a la acción distributiva dentro de las estrategias de desarrollo.

La literatura empírica parece confirmar este resultado. En un estudio referido a 47 países, Ravaillon (2001) llega a la conclusión de que la capacidad de reducción de la pobreza que genera el crecimiento en un entorno de promoción de la equidad multiplica por siete el equivalente a una situación regresiva desde el punto de vista distributivo (**Cuadro 3**). En suma, como señala Bourguignon (2004: pág. 20), una cierta redistribución de la riqueza, más que de la renta, «puede tener un impacto positivo sobre el crecimiento».

**Cuadro 3.** Impacto sobre la pobreza debido a cambios en la desigualdad no correlacionado con el crecimiento

		Renta media de los hogares	
		Baja	Sube
Desigualdad	Sube	16 % de casos La pobreza se eleva a una tasa media del 14,3% al año	30 % de los casos La pobreza cae a una tasa media del 1,3% al año
	Baja	26 % de los casos La pobreza se eleva a una tasa media del 1,7 % al año	27 % de los casos La pobreza cae a una tasa media del 9,6 % al año

*Fuente:* Ravaillon (2002). Análisis de dos encuestas de los hogares de 47 países en desarrollo en los 1980s y 1990s. Pobreza expresada en 1 dólar de PPA; desigualdad expresada a través de índice de Gini.

## 6. Referencias

- ADELMAN, I. y MORRIS, C. T. (1973), *Economic growth and social equity in developing countries*, Stanford University Press, Stanford.
- ADELMAN, I. y ROBINSON, S. (1988), "Income distribution and development", en H. CHENERY y T. N. SRINIVASAN (eds), *Handbook of Development Economics*, vol I, North Holland, Amsterdam.
- AGHION, P., CAROLI, E. , y GARCÍA PEÑALOSA C. (1999): "Inequality and income growth: the perspective of new growth theories", *Journal of Economic Literature*, 27: 1615-60.
- AGHION, P. y BOLTON, P. (1992), "Distribution and growth in models of imperfect capital markets", *European Economic Review*, n° 36, págs. 606-611.
- AHLWALIA, M. S. (1976 a), "Inequality, poverty, and development", *Journal of Development Economics*, n° 3, págs. 307-342.
- AHLWALIA M.S. (1976 b), "Income distribution and development: some stylized facts", *American Economic Review, Papers and Proceedings*, 66, págs. 128-35
- ALESINA A. y PEROTTI, R. (1993), "Income distribution, political instability and investment", *NBER Working Paper*, n° 4486, Cambridge, Mass.
- ALESINA, A. y PEROTTI, R. (1996), "Income distribution, politic stability, and investment", *European Economic Review*, n° 40, págs. 1203-1228.
- ALESINA, A. y RODRIK D. (1994), "Distributive politics and economic growth", *Quarterly Journal of Economics*, vol. 109, 465-490.
- ALESINA, A. y TABELLINI (1989), "External debt, capital flight and political risk", *Journal of International Economics*, vol. 27, n° 3-4.
- ALESINA, A. y TABELLINI (1990), "A positive theory of fiscal deficit and government debt", *Review of Economic Studies*, vol. 57, n° 3.
- ANAND, S. KANBUR R. (1993 a), "The Kuznets process and inequality-development relationship", *Journal of Development Economics*, n° 40, págs. 25-52.
- ANAND, S. y KANBUR, R. (1993 b), "Inequality and development: a critique" *Journal of Development Economics* n° 41, págs. 19-43.
- BANCO MUNDIAL (1990), *Informe sobre el desarrollo mundial 1990. La pobreza*, Washington.
- BANCO MUNDIAL (2000), *Informe sobre el desarrollo mundial 2000/2001. Lucha contra la pobreza*, Washington.
- BARNAJEE, A. y DULFO, E. (2000), "Inequality and growth: What can data say?" Massachusetts Institute of Technology, Department of Economy, Cambridge, Mass.
- BANERJEE, A. y NEWMAN, A. (1998), "Risk-Bearing and the theory of income distribution", *Review of Economic Studies*, n° 58, págs. 211-235.
- BARRO, R. (1997), *Determinants of economic growth: a cross-country empirical study*, MIT Press, Cambridge, Mass.
- BARRO, R. (1999), "Inequality, growth and investment". *NBER Working Paper* n°7038, National Bureau of Economic Research. Cambridge, Mass.
- BARRO, R. (2000), "Inequality and growth in a panel of countries", *Journal of Economic Growth*, n° 5; págs. 5-32.
- BARRO, R. y BECKER, G. (1988): "A reformulation of the Economic Theory of Fertility", *Quarterly Journal of Economics*, February.
- BELL y RICH (1994), "Rural poverty and agricultural performance in post-independence India", *Oxford Bulletin of Economics and Statistics*, n° 56 (2), págs. 111-133.
- BÉNABOU, R. (1996 a), "Inequality and growth" en Bernanke, B. y Rotemberg, J. (comps.) *National Bureau of Economic Research Macroeconomics Annual*, MIT Press, Cambridge, Mass.
- BÉNABOU, R. (1996 b), "Unequal societies", *NBER Working Paper Series* 5583, May.
- BERTOLA, G. (1998), "Macroeconomics of distribution and growth", European University Institute, Department of Economics, *EUI Working Paper*, ECO 98/99.
- BIGSTEN, A. (1984), *Income distribution and development*, Heinemann, London.
- BIRSDSALL, N. y LONDOÑO, J. L. (1997), "Asset inequality matters: An assessment of the World Bank's approach to poverty reduction", *American Economic Review Papers and Proceedings*, n° 82 (2), págs. 32-37.
- BIRSDALL, N. y SABOT, R. (1995), "Inequality as a constraint on growth in Latin American", Banco Interamericano de Desarrollo, mimeografiado.
- BIRSDALL, N. D. ROSS y SABOT, R. (1995), "Suequality and growth reconsidered: Lessons from East Asia". *World Bank Economic Review* 9 (3). págs. 477-508.
- BIRSDALL, N., PINCKNEY, C. y SABOT, R. (2000), "Por qué una menor desigualdad impulsa el crecimiento. El ahorro y la inversión de los pobres", en A. SOLIMANO (ed.), *Desigualdad social. Valores, crecimiento y el Estado*, Fondo de Cultura Económica, México.
- BOURGUIGNON, F. (1994), "Growth, distribution and human resources", en G. RANIS (ed), *En route to modern growth: Essays in Honor of Carlos Diaz Alejandro*, John Hopkins University, Baltimore.
- BOURGUIGNON, F. (1996), "Comment on "Inequality, poverty and growth: Where do we stand?" by Albert Fishlow, *Annual World Bank Conference on Development Economics*, 1995, World Bank, Washington.
- BOURGUIGNON, F. (2000), "Can redistribution accelerate growth and development?", *Annual World Bank Conference on Development Economics*, Paris 26-28 de Junio de 2000.
- BOURGUIGNON, F. (2002), "The growth elasticity of poverty reduction: explaining heterogeneity across countries and time periods", *Working Paper* 2002-03, DELTA, Centre National de la Recherche Scientifique, Paris.
- BOURGUIGNON, F. (2004), "The poverty-growth-inequality triangle", paper presentado al Indian Council for Research on International Economic Relations

- BOURGUIGNON, F. y MORRISON, C. (1990): "Income distribution, development and foreign trade: A cross sectional analysis", *European Economic Review*, 34, 1113–1132.
- BOURGUIGNON, F. y VERDIER, Th. (2000), "Oligarchy, democracy, inequality, and growth", *Journal of Development Economics*, 62, 285–313.
- BRUNO, M.; RAVAILLON, M. y SQUIRE, L. (1997), "Equity and growth in developing countries: old and new perspectives on the policy issues", en Gwin y Nelson, *Perspectives on aid and development*, ODC, Washington.
- CLARKE, G. (1995), "More evidence on income distribution and growth", *Journal of Development Economics* 47.
- CHEN, S.; DATT G. y RAVAILLON M. (1994), "Is poverty increasing or decreasing in the developing world?", *Review of Income and Wealth*, vol. 40, págs. 359–76
- CHENERY, H.; AHLUWALIA, M.S.; BELL, C.L.G.; DULOY, J.H. y JOLLY, R. (1974): *Redistribution with growth*, Oxford University Press, Oxford.
- DAHON, M. y TSIDDON, D. (1998), "Demographic transition, income distribution and economic growth", *Journal of Economic Growth*, n° 3, págs. 29–52.
- DATT, G. y RAVAILLON M. (1992), "Growth and redistribution components of changes in poverty measures: A decomposition with application to Brazil and India in the 1980 s", *Journal of Development Economics*, 38(2), 275–295.
- DATT, G. y RAVAILLON, M. (1993), "Regional disparities, targeting and poverty in India", en M. LIPTON y J. VAN DER GRAAG (Eds), *Including the poor*, World Bank, Washington.
- DEININGER, K. y OLINTO, P. (2000), "Asset distribution, inequality and growth", *World Bank Policy Research Working Paper* 2375, Banco Mundial. Washington DC.
- DEININGER K. y SQUIRE, L. (1996 a), "A new data set for measuring income inequality", *World Bank Economic Review*, vol. 10, págs. 565–92.
- DEININGER, K. y SQUIRE, L. (1996 b), "Does inequality matter? Reexamining the links between growth and inequality", Mimeo, Banco Mundial.
- DEININGER, K. y SQUIRE, L. (1998), "New ways of looking at old issues: inequality and growth", *Journal of Development Economics* 57 (2), 259–287.
- DOLLAR, D. y KRAAY, A. (2000), "Growth is good for the poor", *World Bank Policy Research Working Paper* 2587, World Bank, Washington.
- EASTERLY, W. (2002), "Inequality does cause underdevelopment: New evidence", *Working Paper* 1, Center for Global Development.
- FAJNZYLBER, LEDERMAN P. D. y LOAYZA N. (1998), "Determinants of crime rates in Latin America and the World", World Bank Latin America and the Caribbean Viewpoints Series Paper, Banco Mundial, Washington.
- FEI, J.C.M., RANIS, G. y S.N.Y. KUO (1979), *Growth with equity*, Oxford University Press, Nueva York.
- FERREIRA, F.H.G. (1999): "Inequality and economic performance. A brief overview theories of growth and distribution", en <http://www.worldbank.org/poverty/inequal/index.htm>
- FIELDS, G. S. (1980), *Poverty, inequality and development*, Cambridge University Press, Cambridge.
- FIELDS, G. S. (1989), "Changes in poverty and inequality in developing countries", *World Bank Research Observer*, vol. 4, págs. 167–86.
- FIELDS, G. S. (1991), "Growth and income distribution", en Psacharopoulos (ed), *Essays on poverty, equity and growth*, Pergamon.
- FIELDS, G. S. (1995), "La curva de Kuznets: una buena idea pero...", *Cuadernos Económicos de ICE*, 61, 59–77.
- FIELDS, G. S. (2001), *Distribution and development. A new look at the developing countries*, MIT Press, Cambridge (Mass).
- FIELDS y JAKUBSON (1994), *New evidence on the Kuznets curve*, Mimeo, Cornell University, Ithaca.
- FISHLOW, A. (1996), "Inequality, poverty, and growth: Where do we stand?", *Annual World Bank Conference on Development Economics*, 1995, World Bank, Washington.
- FORBES, K.J. (2000), "A reassessment of the relationship between inequality and growth", *American Economic Review*, 90(4), 869–887.
- FOSTER, GREER J. J. y THORBECKE, E. (1984), "A class of decomposable poverty measures". *Econometria*, 52(3), 761:766.
- GALOR, O. y ZEIRA, J. (1993), "Income distribution and macroeconomics", *Review of Economic Studies*, 60, 35–52.
- GALOR, O. y TSIDDON, D. (1996), "The distribution of human capital and economic growth", Tel Aviv Sackler Institute for Economic Studies 18/96.
- GALLUP, J., RADELET, S. y WARNER, A. (1998), "Economic growth and the income of the poor", Harvard Institute for International Development, Cambridge, Mass.
- GOUDI, A. y LADD, P. (1999), "Economic growth and poverty inequality", *Journal of International Development*, 11, 177–195.
- GREENWOOD, J. y JOVANOVIC, B. (1990), "Financial development growth and the distribution of income", *Journal of Political Economy*, 98 (5), 1076–1107.
- GWIN, C. y NELSON J.M. (1997), *Perspectives on aid and development*. Overseas Development Council, Washington DC.
- HADDAD, L. y KANBUR, R. (1990), "Are better-off households more unequal or less unequal?", *Policy Research and External Affairs Working Paper* n° 373. Banco Mundial. Washington.
- JAIN, S. (1975), "Size distribution of income: A compilation of data", World Bank.
- JHA, S. (1995), "More evidence on the Kuznets curve", mimeo, University of Washington.
- JHA, S. (1996), "The Kuznets curve: A reassessment", *World Development*, 24, 773–780.
- KAKWANI, N. (1993), "Poverty and economic growth with application to Cote d'Ivoire", *Review of Income and Wealth*, 39, 121–139.
- KALDOR, N. (1995), "A model of economic growth". *The Economic Journal* 67 (268). December; 591-624.
- KANBUR, R. (1998), "Income distribution and development", Mimeo.
- KANBUR, R. y SQUIRE L. (1999): "The evolution of thinking about poverty: exploring the interactions", Mimeo.
- KUZNETS, S. (1955), "Economic growth and income inequality", *American Economic Review*, vol. 45, 1–28.
- KUZNETS, S. (1966), *Modern Economic Growth*, Yale University Press, Yale.

- LAL, D. y MYINT, U.H. (1998), *The political economy of poverty, equity, and growth: a comparative study*, Clarendon Press, Oxford.
- LEWIS, W.A. (1954), "Economic development with unlimited supplies of labour", *Manchester School of Economic and Social Studies*, 22, 139–181.
- LEWIS, W.A. (1983), "Development and distribution", en M. GERSOVITZ, *Selected Economic Writing of W. Arthur Lewis*, New York University Press, Nueva York.
- LI, H.; SQUIRE, L. y ZOU, H. (1998), "Explaining international inequality and intertemporal variations in income inequality", *The Economic Journal*, 108.
- LINDERT y WILLIAMSON (1985), "Essays in exploration: growth, equality and History", *Explorations in Economics History*, 22, 341–377.
- LIPTON, M y RAVAILLON, M. (1995), "Poverty and Policy" en BEHRMAN, J. y SRINIVASAN, T.N. (comps.) *Handbook of Development Economics*. Vol. 3. Amsterdam: North Holland.
- MARGLIN, S.A. y BHADURI, A. (1991), "Profit squeeze and Keynesian Theory", en S.A. MARGLIN y J. SCHOR (ed), *The golden age of capitalism: Reinterpreting the postwar experience*, Oxford University Press, Oxford.
- MOON y DIXON (1992), "Basic needs and general-welfare trade-offs", *International Studies Quarterly*, 36, 192–212.
- MYRDAL, G. (1973), *Reto a la pobreza*, Ariel, Barcelona.
- PANIZZA, U. (1999), "Income inequality and economic growth: Evidence from American data", Office of the Chief Economist, Inter-American Development Bank.
- PAPANEEK, G. y KYN O. (1986), "The effect on income distribution of development, the growth rate and economic strategy", *Journal of Development Economics*, n° 23, págs. 55–65.
- PEROTTI, R. (1992), "Income distribution: politics and growth", *American Economic Review* 82 (2), 311–316.
- PEROTTI, R. (1993), "Political equilibrium, income distribution and growth", *Review of Economics Studies*, 60, 755–776.
- PEROTTI, R. (1996), "Growth, income distribution and democracy: what the data say". *Journal of Economic Growth*, 1, 149–187.
- PERSSON, T. y SVENSON (1989), "Why a stubborn conservative would run a deficit: policy with time-inconsistent preferences", *Quarterly Journal of Economic*, 104.
- PERSSON, T. y TABELLINI, G. (1994), "Is inequality harmful for growth?", *American Economic Review*, 84 (3), 600–621.
- PINDYCK y SOLIMANO, A. (1993), "Economic instability and aggregate investment", *NBER Working Paper*, n° 4380, Cambridge, Mass.
- RAM, R. (1988), "Economic development and income inequality: Further evidence on the U-curve hypothesis", *World Development*, n° 16, págs. 1371–1376.
- RANIS, G., STEWART F. y RAMÍREZ, A. (2000), "Economic growth and human development", *World Development*, 28 (2)
- RAVAILLON, M. (1993), *Poverty comparisons: Fundamentals of pure and applied economics*. Harwood Academic, Chur, Switzerland.
- RAVAILLON, M. (1995), "Growth and poverty: evidence for the developing world", *Economic Letters*, 48, 411–17.
- RAVAILLON, M. (1997), "Can high-inequality developing countries escape absolute poverty?", *Economics Letters*, 56(1).
- RAVAILLON, M. (2001), "Growth, inequality and poverty: Looking beyond averages", *World Development*, 29 (11), 1803–1815.
- RAVAILLON, M. (2003), "The debate on globalization, poverty and inequality: Why measurement matters", *World Bank Policy Research Working Paper* 3038, May.
- RAVAILLON, M. (2004), "Competing concepts of inequality in the globalization debate", *World Bank Policy Research Working Paper* 3243, March.
- RAVAILLON, M. y CHEN, S. (1997), "What can new survey data tell us about recent changes in distribution and poverty?", *World Bank Economic Review*, n° 11, págs. 357–382.
- RAVAILLON, M. Y VAN DE WALLE, D. (1991), "Urban-rural cost of living differentials in a developing economy". *Journal of Urban Economics* 29(1):113:127.
- ROBINSON (1976), "A note on the U-hypothesis relating income inequality and economic development", *American Economic Review*, n° 66, págs. 437–40.
- RODRIGUEZ, F. (1999), "Inequality, redistribution and rent-seeking", Department of Economics, University of Maryland.
- RODRIG, D. (1998), "Where did all growth go? External shocks, social conflict and growth collapses", *National Bureau of Economic Research, Working Paper* n° 6350, Cambridge.
- SAINT PAUL, G. y VERDIER, T. (1996), "Inequality, redistribution and growth: a challenge to the conventional political economy approach", *European Economic Review*, 40 (3/5), 719–728.
- SAITH, A. (1983), "Development and distribution: A critique of the cross-country U hypothesis", *Journal of Development Economics*, 13, 367–382.
- SOLIMANO, A. (2000), "¿El fin de las disyuntivas difíciles?: Revisión de la relación entre la distribución del ingreso y el crecimiento", en A. SOLIMANO (Ed), *Desigualdad social. Valores, crecimiento y el Estado*, Fondo de Cultura Económica, México.
- SOLOW, R. (1956), "A contribution to the theory of economic growth". *Quarterly Journal of Economics* 70, 65–94.
- SRINIVASAN, T. N. (2000), "Growth, poverty reduction and inequality", *Annual World Bank Conference on Development Economics* en Europa, Banco Mundial, 26–28 de junio, París.
- STIGLITZ, J. (1997), "Behaviour towards risk with many commodities", *Econometrica*, n° 37, págs. 660–667.
- STRETTEN, P.; BURKI, S.J.; UL HAQ, M.; HICKS, N. y STEWART, F. (1981): *Lo primero es lo primero: satisfacer las necesidades humanas básicas en los países en desarrollo*, Editorial Tecnos, Madrid.
- TAYLOR, L. (1991), *Income distribution, inflation and growth: Lectures Structuralist Macroeconomic Theory*, MIT Press, Cambridge Mass.
- TODARO, M. P. (1986), *El desarrollo económico del Tercer Mundo*, Alianza Editorial, Madrid.
- TSAKLOGOU, P. (1988), "Development and inequality revisited", *Applied Economics*, n° 20, págs. 509–531.
- WILLIAMSON, J.G. y LINDERT P.H. (1980): *American inequality: A macroeconomic history*, Academic Press, New York.